

EL TESORO DE LA GRACIA

Volumen 1 – Sermón No. 295

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 22 DE ENERO DE 1860,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EXETER HALL, STRAND**

*“el perdón de pecados según las riquezas de su gracia”
Efesios 1:7*

Como Isaías entre los profetas, así Pablo entre los apóstoles, cada uno se destaca con singular prominencia, suscitado por Dios para un propósito conspicuo, y brillando como una estrella de extraordinario fulgor. Isaías habló más de Cristo y describió más minuciosamente su pasión y su muerte que todos los demás profetas juntos.

Pablo proclamó la gracia de Dios, gracia libre, plena, soberana, eterna, más allá de toda la gloriosa compañía de los apóstoles. A veces se elevaba a alturas tan asombrosas, o se sumergía en profundidades tan inescrutables, que ni siquiera Pedro podía seguirle. Estaba dispuesto a confesar que "nuestro amado hermano Pablo, según la sabiduría que le ha sido dada", había escrito "algunas cosas difíciles de entender".

Judas podía escribir sobre los juicios de Dios y reprender con palabras terribles a "los hombres impíos, que convirtieron la gracia de Dios en lascivia". Pero no podía relatar el propósito de la gracia tal como fue planeado en la mente eterna, ni la experiencia de la gracia tal como es sentida y realizada en el corazón humano, como Pablo.

También Santiago, como ministro fiel, podría tratar muy de cerca las evidencias prácticas del carácter cristiano. Y, sin embargo, parece quedarse muy en la superficie, no profundiza en el sustrato sobre el que debe descansar el suelo visible de todas las gracias espirituales.

Incluso Juan, el más favorecido de todos aquellos apóstoles que fueron compañeros de nuestro Señor en la tierra, dulcemente como el discípulo amado escribe sobre la comunión con el Padre y Su Hijo Jesucristo, incluso Juan no habla de la gracia tan ricamente como Pablo, "en quien Dios mostró primero toda su longanimidad como modelo para los que en adelante creyeran en él para vida eterna".

No es que estemos en libertad de preferir a un apóstol sobre otro. No podemos dividir la iglesia, diciendo, yo soy de Pablo, yo de Pedro, yo de Apolos, pero podemos reconocer el

instrumento que Dios se complació en usar, podemos admirar la forma en que el Espíritu Santo lo equipó para su trabajo, podemos, con las iglesias de Judea, "glorificar a Dios en Pablo".

Entre los primeros padres, Agustín fue señalado como el "Doctor de la Gracia", tanto se deleitaba en aquellas doctrinas que exhiben la gratuidad del favor divino. Y seguramente podríamos afirmar lo mismo de Pablo. Entre sus compañeros, superó a todos ellos en la declaración de la gracia que trae la salvación. El sentido de la gracia impregnaba todos sus pensamientos como la sangre vital circula por todas las venas del cuerpo.

Habla de conversión, "fue llamado por gracia". Es más, él ve la gracia yendo antes de su conversión, y "separándolo desde el vientre de su madre". Atribuye todo su ministerio a la gracia. "A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos, se me ha dado esta gracia de predicar entre los gentiles las inescrutables riquezas de Cristo". Véanlo en cualquier momento, y bajo cualquier circunstancia, ya sea inclinado por la enfermedad, o elevado al tercer cielo con la revelación, sólo tiene una cuenta que dar de sí mismo: "Por la gracia de Dios soy lo que soy".

No hay ministros que defiendan tan plena e inquebrantablemente la gracia libre, soberana e incondicional, como aquellos que antes de su conversión se han deleitado en pecados flagrantes y escandalosos. Sus caballeros predicadores que han sido educados piadosamente, y enviados de la cuna a la escuela, de la escuela a la universidad, y de la universidad al púlpito, sin encontrar mucha tentación, o ser rescatados de las guaridas de la blasfemia, saben comparativamente poco, y hablan con poco énfasis de la gracia gratuita.

Este es un Bunyan que respiraba maldiciones, un Newton que era un verdadero monstruo en el pecado, es como estos, que no pueden olvidar ni una hora de sus vidas después, la gracia que los arrebató de la fosa, y los arrancó como tizones de la hoguera. Es extraño que Dios lo quiera así. Es inescrutable la providencia que permite que algunos de los elegidos del Señor vaguen y vaguen tan lejos como puedan las ovejas. Tales hombres, sin embargo, son los más valientes defensores de esa gracia que sólo puede rescatar a cualquier pecador de la aflicción eterna.

Esta mañana nos proponemos exponerles "las riquezas de la gracia de Dios," este es el tesoro; luego, en segundo lugar, hablaremos del "perdón de los pecados," que ha de ser juzgado por esa medida, el perdón es conforme a las riquezas de Su gracia, y luego terminaremos considerando algunos de los privilegios conectados con ello.

I. En primer lugar, considera las **riquezas de Su gracia**.

Al intentar buscar lo que es inescrutable, debemos, supongo, utilizar algunas de esas

comparaciones por las que sabemos estimar la riqueza de los monarcas y poderosos de este mundo. Sucedió una vez que el embajador español, en los días felices de España, fue a visitar al embajador francés y fue invitado por él a ver los tesoros de su señor.

Con sentimientos de orgullo mostró los depósitos, profusamente almacenados con las más preciosas y costosas riquezas de la tierra. "¿Podéis mostrar gemas tan ricas", dijo, "o algo semejante en cuanto a magnificencia de posesiones en todo el reino de vuestro soberano?". "¿Llamas rico a tu señor?", replicó el embajador de España, "pues los tesoros de mi señor no tienen fondo", aludiendo, por supuesto, a las minas de Perú y Petrosa.

Así que, en verdad, en las riquezas de la gracia hay minas demasiado profundas para que el entendimiento finito del hombre pueda jamás sondearlas. Por muy profunda que sea tu investigación, sigue habiendo un profundo escondrijo debajo que desconcierta toda investigación. ¿Quién podrá descubrir jamás los atributos de Dios? ¿Quién puede descubrir al Todopoderoso a la perfección? Estamos perdidos para estimar la calidad y las propiedades de la gracia tal como habita en la mente de la deidad.

El amor en el corazón humano es una pasión. Con Dios no es así. El amor es un atributo de la esencia divina. Dios es amor. En los hombres, la gracia y la generosidad pueden convertirse en un hábito, pero en Dios la gracia es un atributo intrínseco de Su naturaleza. Él no puede dejar de ser misericordioso. Así como por necesidad de su divinidad es omnipotente y omnipresente, por necesidad absoluta de su divinidad es misericordioso.

Venid, pues, hermanos míos, a esta mina resplandeciente de los atributos de la gracia de Dios. Cada uno de los atributos de Dios es infinito, y por lo tanto este atributo de la gracia no tiene límites. No podéis concebir la infinitud de Dios; ¿por qué, pues, habría yo de intentar describirla? Recuerda, sin embargo, que como los atributos de Dios tienen la misma extensión, la medida de un atributo debe ser la medida de otro. O más aún, si un atributo es ilimitado, también lo es otro atributo.

Ahora bien, no puedes concebir ningún límite a la omnipotencia de Dios. ¿Qué no puede hacer? Puede crear, puede destruir, puede hacer existir una miríada de universos, o puede apagar la luz de miríadas de estrellas tan fácilmente como nosotros apagamos una chispa. No tiene más que quererlo, y las criaturas sin número cantan Su alabanza, otra voluntad más, y esas criaturas se hunden en su desnuda nada, como la espuma de un momento se hunde en el desperdicio que la lleva y se pierde para siempre.

El astrónomo vuelve su tubo hacia el espacio más remoto, no puede encontrar un límite al poder creador de Dios, pero si pareciera encontrar un límite, le informaríamos entonces que todos los mundos sobre mundos que se agrupan en el espacio, espesos como las gotas del

rocío matutino sobre los prados, no son más que jirones del poder de Dios. Él puede hacer más que todos éstos, puede destruirlos hasta la nada, y puede comenzar de nuevo.

Ahora bien, tan ilimitado como es Su poder, tan infinita es Su gracia. Así como tiene poder para hacer cualquier cosa, tiene gracia suficiente para dar cualquier cosa, para darlo todo al más grande de los pecadores.

Tomen otro atributo si quieren: la omnisciencia de Dios, no tiene límites. Sabemos que Su ojo está sobre cada individuo de nuestra raza; lo ve tan minuciosamente como si fuera la única criatura que existiera. El águila se jacta de que, aunque no puede brillar más que el sol, cuando está a su mayor altura, puede detectar el movimiento del pez más pequeño en las profundidades del mar.

Pero, ¿qué es esto comparado con la omnisciencia de Dios? Su ojo rastrea el sol en su maravilloso curso, Su ojo nota el cometa alado mientras vuela a través del espacio, Su ojo discierne el límite máximo de la creación habitada o deshabitada. No hay nada oculto a su luz, con Él no hay oscuridad alguna. Si subo al cielo, Él está allí, si desciendo a la tumba, Él está allí, si vuelo montado en el rayo de la mañana más allá del mar occidental,

***"Su mano más rápida llegará primero,
y allí arrestará al fugitivo".***

No hay límites para Su entendimiento, ni tampoco para Su gracia. Así como Su conocimiento comprende todas las cosas, Su gracia comprende todos los pecados, todas las pruebas, todas las enfermedades de las personas en las que está puesto Su corazón.

Ahora, mis queridos hermanos, la próxima vez que temamos que la gracia de Dios se agote, miremos en esta mina, y luego reflexionemos que todo lo que se ha sacado de ella nunca ha disminuido ni una partícula. Todas las nubes que han sido sacadas del mar nunca han disminuido su profundidad, y todo el amor, y toda la misericordia que Dios ha dado a todos, excepto a un número infinito de la raza humana, no ha disminuido ni en un solo grano la montaña de Su gracia.

Pero prosiguiendo, a veces juzgamos la riqueza de los hombres, no sólo por sus bienes raíces en minas y similares, sino por lo que tienen a mano almacenado en su tesorería. Debo llevarlos ahora, hermanos míos, al reluciente tesoro de la gracia divina.

Conocen su nombre, se llama el Pacto, ¿no han oído la maravillosa historia de lo que se hizo en la antigüedad, antes de que el mundo fuera hecho? Dios sabía de antemano que el hombre caería, pero determinó por su propio propósito y voluntad infinitos que levantaría de

esta caída una multitud que ningún hombre puede contar.

El Padre Eterno celebró un consejo solemne con el Hijo y el Espíritu Santo. Así habló el Padre: "¡Quiero que se salven los que he elegido!". Así dijo el Hijo: "Padre mío, estoy dispuesto a sangrar y a morir para que Tu justicia no sufra y se ejecute Tu propósito." "Quiero", dijo el Espíritu Santo, "que aquellos a quienes el Hijo redime con sangre sean llamados por la gracia, sean vivificados, sean preservados, sean santificados y perfeccionados y llevados a salvo a casa."

Entonces fue escrito, firmado y sellado el pacto, y ratificado entre los Tres Sagrados. El Padre dio a Su Hijo, el Hijo se dio a Sí mismo, y el Espíritu promete toda Su influencia, toda Su presencia, a todos los elegidos. Entonces el Padre dio al Hijo las personas de Sus elegidos, entonces el Hijo se dio a Sí mismo a los elegidos, y los tomó en unión con Él, y entonces el Espíritu en pacto prometió que estos elegidos serían llevados con seguridad a casa al fin.

Cada vez que pienso en el antiguo pacto de gracia, me quedo perfectamente asombrado y pasmado por su gracia. No podría ser arminiano por ningún motivo, la poesía misma de nuestra santa religión yace en estas cosas antiguas de las colinas eternas, ese glorioso pacto firmado y sellado, y ratificado, en todas las cosas bien ordenadas desde la antigua eternidad.

Detente aquí, oyente mío, un momento, y piensa que antes de que este mundo fuera hecho, antes de que Dios hubiera asentado los profundos cimientos de las montañas, o derramado los mares desde la capa del fondo de Su mano, Él había escogido a Su pueblo, y había puesto Su corazón en él. A ellos se había dado a Sí mismo, a Su Hijo, Su cielo, Su todo. Por ellos determinó Cristo renunciar a Su bienaventuranza, Su hogar, Su vida, por ellos prometió el Espíritu todos Sus atributos, para que fueran bienaventurados.

Oh gracia divina, cuán glorioso eres, sin principio, sin fin. ¿Cómo te alabaré? Cantad, ángeles, estos nobles temas: el amor del Padre, el amor del Hijo y el amor del Espíritu.

Esto, hermanos míos, si lo reflexionan, bien puede hacerles estimar correctamente las riquezas de la gracia de Dios. Si leen el rollo del pacto de principio a fin, que contiene la elección, la redención, el llamamiento, la justificación, el perdón, la adopción, el cielo, la inmortalidad; si leen todo esto, dirán: "¡Esta es la riqueza de la gracia de Dios, grande e infinita! ¿Quién es un Dios semejante a Ti por las riquezas de Tu amor?".

Una vez más, las riquezas de los grandes reyes pueden estimarse a menudo por la munificencia de los monumentos que erigieron para dejar constancia de sus hazañas. En estos tiempos modernos nos han asombrado las maravillosas riquezas de los reyes de Nínive y Babilonia. Los monarcas modernos, con todos sus aparatos, no podrían erigir palacios tan

monstruosos como aquellos en los que se paseaba el viejo Nabucodonosor en tiempos de antaño.

Nos volvemos hacia las pirámides, vemos allí lo que la riqueza de las naciones puede lograr, miramos al otro lado del mar, a México y Perú, y vemos las reliquias de un pueblo semi bárbaro, pero nos quedamos perplejos y asombrados al pensar qué riqueza y qué minas de riquezas debían poseer para que tales obras pudieran haberse realizado.

La riqueza de Salomón es tal vez mejor juzgada por nosotros cuando pensamos en esas grandes ciudades que construyó en el desierto, Tadmor y Palmira. Cuando visitamos esas ruinas y vemos las enormes columnas y las magníficas esculturas, decimos que Salomón era realmente rico. Nos sentimos, mientras caminamos entre las ruinas algo así como la reina de Saba, incluso en las Escrituras no se nos ha contado ni la mitad de las riquezas de Salomón.

Hermanos míos, Dios nos ha llevado a inspeccionar trofeos más poderosos que Salomón, o Nabucodonosor, o Moctezuma, o todos los faraones. Volved vuestros ojos hacia allá, ved esa hueste comprada con sangre, vestida de blanco, rodeando el trono; escuchad cómo cantan, con voz triunfante, con melodías seráficas: "Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su propia sangre, a él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos."

¿Y quiénes son éstos? ¿Quiénes son estos trofeos de Su gracia? Algunos de ellos han salido de los guisos de la prostitución, muchos de ellos han salido de las tabernas de la embriaguez. Es más, las manos de algunos de aquellos tan blancos y hermosos, fueron una vez rojas con la sangre de los santos. Veo allí a los hombres que clavaron al Salvador en el madero, hombres que maldijeron a Dios e invocaron sobre sí mismos la muerte y la condenación. Veo allí a Manasés, que tanto derramó sangre inocente, y al ladrón que en el último momento miró a Cristo y dijo: "Señor, acuérdate de mí."

Pero no hace falta que dirija vuestra mirada tan lejos, mirad, hermanos míos, a vuestro alrededor, puede que no conozcáis a vuestro vecino de al lado con el que estáis sentados esta mañana. Pero hay historias de gracia que podrían ser contadas por algunos aquí esta mañana, que harían cantar a los mismísimos ángeles más fuerte de lo que lo han hecho antes.

Bien, sé que estas mejillas han estado a punto de teñirse de lágrimas cuando he escuchado las historias de la gracia gratuita obrada en esta congregación.

Hay algunos conocidos por mí, pero por supuesto no por ustedes, que estaban entre los hombres más viles, la escoria de la sociedad. Tenemos aquí a aquellos para quienes maldecir era como respirar y la embriaguez se había convertido en un hábito. Y, sin embargo, aquí son siervos de Dios y de Su iglesia, y es su deleite testificar a otros qué Salvador han encontrado.

Ah, pero, oyente mío, tal vez tú seas uno de esos trofeos, y si es así, la mejor prueba de las riquezas de Su gracia es la que encuentras en tu propia alma. Pienso que Dios es misericordioso cuando veo que otros son salvados; sé que lo es porque me ha salvado a mí, ese muchacho caprichoso y obstinado, que se burlaba del amor de una madre, y no se dejaba ablandar por todas sus oraciones, que sólo deseaba conocer un pecado para perpetrarlo.

¿Está aquí para predicarles hoy el Evangelio de la gracia de Dios? Sí. Entonces no hay pecador fuera del infierno que haya pecado demasiado para que la gracia lo salve. Ese amor que puede alcanzarme a mí, puede alcanzarte a ti. Ahora conozco las riquezas de Su gracia, porque espero probarlo, y sentirlo en lo más íntimo de mi corazón, mi querido oyente, y que tú también lo sepas, y entonces te unirás a nuestro poeta, que dice

***"Entonces más fuerte que la multitud cantaré,
mientras las mansiones de los oyentes resuenan
con gritos de gracia soberana".***

Ve un poco más lejos ahora. Hemos visto el vino y los tesoros, y los monumentos. Pero hay más. Una cosa que asombró a la reina de Saba, en relación con las riquezas de Salomón, fue la suntuosidad de su mesa. Tales multitudes se sentaban a ella para comer y beber, y aunque eran muchos, sin embargo, todos tenían suficiente y de sobra. Ella se desanimó cuando vio que traían las provisiones de un solo día.

Se me olvida ahora mismo, aunque quería referirme al pasaje, cuántas bestias gordas, cuántos novillos de pasto, cuántos gamos y ciervos y caza de todas clases, y cuántas medidas de harina y cuántos galones de aceite se llevaban cada día a la mesa de Salomón, pero era algo maravilloso, y las multitudes que tenían que festejar también lo eran, y sin embargo todos tenían bastante.

Y ahora piensen, hermanos míos, en las hospitalidades del Dios de gracia cada día. Diez mil millares de su pueblo se sientan hoy a comer, hambrientos y sedientos traen grandes apetitos al banquete, pero ninguno de ellos regresa insatisfecho, hay suficiente para cada uno, suficiente para todos, suficiente para siempre. Aunque la hueste que allí se alimenta es incontable como las estrellas del cielo, encuentro que a ninguno le falta su porción. Él abre Su mano y suple la necesidad de cada santo viviente sobre la faz de la tierra.

Piensa cuánta gracia requiere un santo, tanta que nada sino el infinito podría suplirle por un día. Quemamos tanto combustible cada día para mantener el fuego del amor en nuestros corazones, que podríamos vaciar las minas de Inglaterra de toda su riqueza de carbón. Sin duda, si no tuviéramos tesoros infinitos de gracia, el consumo diario de un solo santo podría

superar la demanda de todo lo que se encuentra sobre la faz de la tierra.

Y, sin embargo, no es uno, sino muchos santos, y muchos cientos, no por un día, sino por muchos años, no por muchos años solamente, sino generación tras generación, siglo tras siglo, raza tras raza de hombres, viviendo de la plenitud de Dios en Cristo. Sin embargo, ninguno de ellos pasa hambre, todos beben hasta saciarse, comen y se sacian. Qué riquezas de gracia podemos ver entonces en la suntuosidad de Su hospitalidad.

A veces, hermanos míos, he pensado que si tan sólo pudiera conseguir la carne partida en la puerta trasera de la gracia de Dios, estaría satisfecho, como la mujer que dijo: "Los perros comen de las migajas que caen de la mesa del amo", o como el pródigo que dijo: "Hazme como a uno de tus jornaleros".

Pero ustedes recordarán que a ningún hijo de Dios se le hace vivir de cáscaras. Dios no da las migajas de Su gracia a los más mezquinos, sino que todos son alimentados como Mefiboset, comen de la propia mesa del rey los platos más delicados. Y si se me permite hablar por los demás, pienso que en asuntos de gracia todos tenemos el desastre de Benjamín; todos tenemos diez veces más de lo que podríamos haber esperado, y aunque no más de lo que necesitamos, a menudo nos asombramos de la maravillosa abundancia de gracia que Dios nos da en el pacto y la promesa.

Pasemos ahora a otro punto para ilustrar la grandeza de las riquezas de la gracia de Dios. La riqueza de un hombre puede juzgarse a menudo por el ajuar de sus hijos, por la manera en que viste a sus criados y a los de su casa. No es de esperar que el hijo del pobre, aunque esté cómodamente vestido, se vista con ropas semejantes a las que llevan los hijos de los príncipes.

Veamos, entonces, cuáles son las vestiduras con las que se viste el pueblo de Dios, y cómo son atendidos. Aquí nuevamente hablo de un tema en el que se necesita una gran imaginación, y la mía propia me falla por completo. Los hijos de Dios están envueltos en un manto, un manto sin costuras, que ni la tierra ni el cielo podrían comprar semejante si se perdiera una vez.

Por su textura supera al lino fino de los mercaderes, por su blancura es más puro que la nieve, ningún telar en la tierra pudo hacerlo, pero Jesús gastó Su vida para trabajar mi manto de justicia. Había una gota de sangre en cada lanzada de la lanzadera, y cada hilo estaba hecho de las agonías de Su propio corazón.

Es un manto divino, completo, mejor que el que Adán vistió en la perfección del Edén. Él sólo tenía una justicia humana aunque perfecta, pero nosotros tenemos una justicia divinamente perfecta.

Extrañamente, alma mía, estás vestida, pues la vestidura de tu Salvador está sobre ti, el manto real de David envuelve a su Jonatán. Miren al pueblo de Dios cómo está vestido también con las vestiduras de la santificación. ¿Hubo alguna vez un manto como ese? Está literalmente repleto de joyas. Él viste al más mezquino de Su pueblo cada día como si fuera un día de bodas, Él lo viste como una novia se adorna con joyas, Él ha dado Etiopía y Sabá para ellos, y Él los vestirá con oro de Ofir. ¡Cuántas riquezas de gracia debe haber en Dios que viste así a Sus hijos!

Pero para concluir este punto sobre el que aún no he comenzado. Si quieres conocer todas las riquezas de la gracia divina, lee el corazón del Padre cuando envió a su Hijo a la tierra para morir, lee las líneas en el semblante del Padre cuando derrama su ira sobre su unigénito y amado Hijo. Lee también la misteriosa escritura en la carne y en el alma del Salvador, cuando en la cruz, temblando de agonía, las olas del dolor se agitan sobre su pecho.

Si quieres conocer el amor, debes acudir a Cristo, y verás a un hombre tan lleno de dolor, que su cabeza, sus cabellos y sus vestidos se ensangrentaron. Fue el amor lo que le hizo sudar grandes gotas de sangre. Si quieres conocer el amor, debes ver al omnipotente burlado por Sus criaturas, debes oír a la Inmaculada calumniada por los pecadores, debes oír al Eterno gimiendo por Su vida, y clamando en las agonías de la muerte: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?".

En fin, para resumir todo en uno, las riquezas de la gracia de Dios son infinitas, más allá de todo límite, son inagotables, nunca pueden agotarse, son todo suficientes, son suficientes para cada alma que venga a tomarlas, habrá suficiente para siempre mientras dure la tierra, hasta que el último vaso de misericordia sea llevado a casa sano y salvo.

Hasta aquí, pues, las riquezas de su gracia.

II. Por un minuto o dos, permítanme ahora detenerme en **el perdón de los pecados**.

El tesoro de la gracia de Dios es la medida de nuestro perdón, este perdón de los pecados es según las riquezas de su gracia. Podemos inferir, entonces, que el perdón que Dios da al penitente no es un perdón mezquino. ¿No has pedido perdón a un hombre algunas veces, y él te ha dicho: "Sí, te perdono", y tú has pensado: "Bien, ni siquiera te habría pedido perdón si pensara que me lo darías en un estilo tan hosco como ese, bien podría haber continuado como estaba, como para ser perdonado tan descortésmente"?

Pero cuando Dios perdona a un hombre, aunque sea el primero de los pecadores, Él extiende Su mano y perdona libremente, de hecho, hay tanta alegría en el corazón de Dios cuando Él perdona, como la hay en el corazón del pecador cuando es perdonado, Dios es tan bendito al dar como nosotros lo somos al recibir. Es Su misma naturaleza perdonar, Él debe ser misericordioso, Él debe ser amoroso, y cuando Él deja salir Su corazón de amor para

liberarnos de nuestros pecados es sin escatimar esfuerzos, Él lo hace de buena gana, Él no nos reprende.

Además, si el perdón es proporcional a las riquezas de Su gracia, podemos estar seguros de que no es un perdón limitado, no es perdonar algunos pecados y dejar otros en el pasado. No, esto no sería propio de Dios, no sería consistente con las riquezas de Su gracia. Cuando Dios perdona, Él traza la marca a través de cada pecado que el creyente ha cometido o cometerá.

Ese último punto puede asombrarte, pero creo con John Kent, que en la sangre de Cristo,

***"Hay perdón para las transgresiones pasadas,
no importa cuán negro sea su tinte;
y ¡oh! mi alma, con mirada maravillada,
para los pecados venideros también hay perdón".***

Por muchos, por atroces, por innumerables que hayan sido tus pecados, en el momento en que crees, cada uno de ellos es borrado. En el Libro de Dios no hay un solo pecado contra ningún hombre en este lugar cuya confianza esté en Cristo, ni uno solo, ni siquiera la sombra de uno, ni una mancha, ni el remanente de un pecado restante, todo ha desaparecido.

Cuando el diluvio de Noé cubrió las montañas más profundas, pueden estar seguros de que cubrió los montículos de tierra, y cuando el amor de Dios cubre los pequeños pecados, cubre los grandes, y todos desaparecen al mismo tiempo. Cuando una factura es pagada en su totalidad, no hay ningún artículo que pueda ser cargado de nuevo, y cuando Dios perdona los pecados del creyente, no queda ni un solo pecado, ni siquiera la mitad de uno puede ser traído a Su memoria otra vez. Es más, cuando Dios perdona, no sólo perdona todo, sino de una vez para siempre.

Algunos nos dicen que Dios perdona a los hombres y sin embargo están perdidos. ¡Bonito dios el suyo! Creen que el pecador penitente encuentra misericordia, pero que si resbala o tropieza dentro de poco será sacado del pacto de gracia y perecerá. Yo no podría ni creería en tal pacto, lo pisoteo como absolutamente despreciable.

El Dios a quien amo cuando perdona nunca castiga después. Por un sacrificio hay una remisión completa de todos los pecados que alguna vez fueron contra un creyente, o que alguna vez serán contra él. Aunque vivas hasta que tu cabello se decolore tres veces, hasta que los mil años de Matusalén pasen sobre tu frente surcada, ni un solo pecado se levantará jamás contra ti, ni serás castigado jamás por un solo pecado, pues todo pecado es perdonado, completamente perdonado, de tal manera que ni siquiera una parte del castigo será ejecutada

contra ti.

"Bueno, pero", dice uno, "¿cómo es que Dios castiga a sus hijos?" Yo respondo que no lo hace. Los castiga como Padre, pero eso es una cosa diferente del castigo de un juez. Si el hijo de un juez fuera llevado al tribunal, y a ese hijo se le perdonara libremente todo lo que hubiera hecho mal, si la justicia lo exonerara y absolviera, podría suceder, sin embargo, que hubiera maldad en el corazón de ese hijo que el padre, por amor al hijo, tuviera que sacarle a latigazos. Pero hay mucha diferencia entre una vara en la mano del verdugo y una vara en la mano de un padre.

Que Dios me castigue, si pecco contra Él, pero no es por la culpa del pecado, no hay castigo alguno en ello, la cláusula penal está eliminada. Es sólo para que me cure de mi falta, para que saque la locura de mi corazón.

¿Reprendes a tus hijos vengativamente porque estás enfadado con ellos? No, sino porque los amas, si eres lo que deben ser los padres, el castigo es una prueba de tu afecto, y tu corazón te duele más que sus dolores corporales, cuando tienes que castigarlos por lo que han hecho mal. Dios no se enoja contra Sus hijos, ni hay pecado en ellos que Él castigue. Los azotará, pero no los castigará por ello. ¡Oh gloriosa gracia! Es un Evangelio que vale la pena predicar.

***"En el momento en que un pecador cree,
y confía en Su Dios crucificado,
su perdón al instante recibe,
redención plena por la sangre de Cristo".***

Todo se ha ido, cada átomo se ha ido, se ha ido para siempre jamás, y bien lo sabe él.

***"Liberado ya del pecado camino libre,
la sangre de mi Salvador mi descarga completa;
a sus queridos pies mi alma pongo,
un pecador salvado y honrado".***

Habiendo hablado así del perdón del pecado como plenamente proporcional a la gracia de Dios, plantearé esta pregunta a mi oyente: Amigo mío, ¿eres un hombre perdonado? ¿Han desaparecido todos tus pecados? "No", dice uno, "no puedo decir que lo estén, pero estoy haciendo lo mejor que puedo para reformarme". Ah, puedes hacer todo lo posible por reformarte, espero que lo hagas, pero eso nunca lavará tus pecados pasados. Todas las aguas de los ríos de reforma nunca podrán lavar ni una sola mancha roja de sangre de culpa.

"Pero", dice uno, "¿puedo yo, tal como soy, creer que mis pecados son perdonados?". No,

pero te diré lo que puedes hacer. Si Dios te ayuda, puedes ahora arrojarte simplemente sobre la sangre y la justicia de Cristo, y en el momento en que hagas eso, todos tus pecados habrán desaparecido, y habrán desaparecido de tal manera que nunca más podrán regresar. "El que creyere en el Señor Jesucristo será salvo". Es más, él es salvo en el momento de su fe. Ya no es recibido como pecador a los ojos de Dios, Cristo ha sido castigado por él. La justicia de Cristo lo envuelve, y es aceptado en el Amado.

"Bueno, pero", dice uno, "puedo creer que un hombre, después de haber sido cristiano durante mucho tiempo, pueda saber que sus pecados son perdonados, pero no puedo imaginar que pueda saberlo de inmediato". El conocimiento de nuestro perdón no siempre llega en el momento en que creemos, sino que el hecho de nuestro perdón es anterior a nuestro conocimiento de él, y podemos ser perdonados antes de saberlo.

Pero si crees en el Señor Jesucristo con todo tu corazón, te diré esto: si tu fe está libre de toda confianza en ti mismo, sabrás hoy que tus pecados te son perdonados, porque el testimonio del Espíritu dará testimonio a tu corazón, y oirás esa secreta y apacible voz que dice: "Ten ánimo; tus pecados, que son muchos, te son todos perdonados."

"Oh", dice uno, "daría todo lo que tengo por eso". Y podrías dar todo lo que tienes, pero no lo tendrías a ese precio. Podrías dar el primogénito por tu transgresión, el fruto de tu cuerpo por el pecado de tu alma, podrías ofrecer ríos de aceite, y diez mil de la grasa de bestias alimentadas, pero no lo tendrías por dinero, pero puedes tenerlo por nada, se te ofrece gratuitamente, se te pide que lo tomes. Sólo reconoce tu pecado, y pon tu confianza en Cristo, y no habrá un solo hombre entre vosotros que oiga algo acerca de su pecado en el día del juicio. Habrán sido arrojados a las profundidades del mar, serán llevados lejos para siempre.

Les daré una imagen y luego dejaré este tema. Vean, allí está el sumo sacerdote de los judíos. Le traen un macho cabrío, llamado "el chivo expiatorio". Él pone sus manos sobre la cabeza de este macho cabrío, y comienza a hacer confesión de pecado. ¿Vendrás tú a hacer lo mismo? Jesucristo es el chivo expiatorio, ven y pon tu mano sobre Su cabeza coronada de espinas por fe, y haz confesión de tu pecado, como el sumo sacerdote lo hacía antiguamente.

¿Lo has hecho? ¿Ha confesado su pecado? Ahora cree que Jesucristo es capaz y está dispuesto a quitar tu pecado. Descansa total y enteramente en él.

¿Qué sucede ahora? El sumo sacerdote toma el chivo expiatorio, lo pone en manos de un hombre de confianza, que lo conduce por montes y valles, hasta que está a muchas millas de distancia, y entonces, soltando repentinamente sus ataduras, lo asusta y el macho cabrío huye con todas sus fuerzas. El hombre la observa hasta que desaparece y ya no puede verla. Vuelve y dice: "Me llevé el chivo expiatorio y desapareció de mi vista, se fue al desierto".

Ah, oyente mío, y si has puesto tus pecados en Cristo mediante una confesión plena, recuerda que Él los ha quitado todos, tan lejos como el oriente está del occidente, se han ido y se han ido eternamente. Tus borracheras, tus maldiciones se han ido, tus mentiras, tus robos se han ido, tus transgresiones al día de reposo, tus malos pensamientos se han ido; todos se han ido, y nunca los volverás a ver,

***"Sumergidos, como en un mar sin orillas,
perdidos, como en la inmensidad".***

III. Y ahora concluyo señalando ***los benditos privilegios que siempre siguen al perdón que nos es concedido según la gracia de Dios.***

Creo que hay mucha gente que no cree que haya realidad alguna en la religión. Piensan que es muy respetable ir a la iglesia y a la capilla, pero nunca piensan en disfrutar de la conciencia de que sus pecados han sido perdonados. Y debo confesar que en la religión de estos tiempos modernos, no parece haber mucha realidad. Hoy en día no oigo esa proclamación clara, resonante y distinta del Evangelio que necesito oír.

Es grandioso llevar el Evangelio a toda clase de hombres, llevarlo al teatro y cosas semejantes, pero necesitamos tener el Evangelio sin diluir; la leche debe tener un poco menos de agua. Debe haber una verdad más clara y palpable enseñada a la gente, algo de lo que realmente puedan asirse, algo que puedan entender, aunque no lo crean. Confío en que nadie me malinterprete esta mañana en lo que he dicho. Existe tal cosa como tener todos nuestros pecados perdonados ahora. Hay tal cosa como saberlo y disfrutarlo. Ahora les mostraré cuál será la felicidad resultante para ustedes, si obtienen esta bendición.

En primer lugar, tendrás paz de conciencia, ese corazón tuyo que late tan deprisa cuando estás solo se aquietará y callará. Estarás menos solo cuando estés solo. Ese miedo tuyo que te hace acelerar el paso en la oscuridad porque tienes miedo de algo, y no sabes de qué, desaparecerá.

He oído hablar de un hombre que estaba tan constantemente endeudado, y continuamente era detenido por los alguaciles, que una vez, al pasar junto a unas barandillas de la zona, habiéndose enganchado la manga en una de ellas, se volvió y dijo: "No le debo nada, señor". Pensó que era un alguacil. Y así es con los pecadores sin perdón, dondequiera que estén, piensan que van a ser arrestados. No pueden disfrutar de nada. Incluso su alegría, ¿qué es sino el color de la alegría, el crepitar de las espinas debajo de la olla, no hay fuego firme sólido.

Pero cuando un hombre es perdonado, puede caminar por cualquier parte. Él dice: "para mí no es nada si vivo o muero, si las profundidades del océano me engullen, o si soy enterrado bajo la avalancha, con los pecados perdonados, estoy seguro". La muerte no tiene aguijón para él. Su conciencia está tranquila. Luego da un paso más. Sabiendo que sus pecados han sido perdonados, tiene una alegría indecible. Ningún hombre tiene ojos tan brillantes como el verdadero cristiano, un hombre entonces conoce su interés en Cristo, y puede leer su título claramente. Es un hombre feliz, y debe ser feliz. Sus problemas, ¿cuáles son? Menos que nada y vanidad, pues todos sus pecados son perdonados.

Cuando el pobre esclavo desembarca por primera vez en Canadá, puede ser que esté sin un solo centavo en su bolsa, y apenas algo más que harapos en su espalda, pero pone su pie en suelo británico, y es libre, véanlo saltar y bailar, y aplaudir, diciendo: "Gran Dios, te doy gracias, soy un hombre libre".

Lo mismo sucede con el cristiano, que puede decir en su cabaña cuando se sienta a comer su mendrugo de pan: gracias a Dios, no tengo ningún pecado mezclado en mi copa; todo está perdonado. El pan puede estar seco, pero no está ni la mitad de seco de lo que estaría si tuviera que comerlo con las amargas hierbas de una conciencia culpable, y con una terrible aprensión de la ira de Dios. Tiene una alegría que resistirá todos los climas, una alegría que se mantendrá en todos los climas, una alegría que brilla en la oscuridad, y resplandece tanto de noche como de día.

Luego, para ir más lejos, tal hombre tiene acceso a Dios. Otro hombre con el pecado no perdonado a su alrededor se queda lejos, y si piensa en Dios en absoluto es como un fuego consumidor. Pero el cristiano perdonado que mira a Dios cuando ve las montañas y las colinas, y los arroyos ondulantes y el diluvio rugiente, dice: "Mi Padre lo hizo todo," y estrecha sus manos con el Todopoderoso a través de la infinita extensión que separa al hombre de su Hacedor. Su corazón vuela hacia Dios. Vive cerca de Él, y siente que puede hablar con Dios como un hombre habla con su amigo.

Otro efecto de esto es que el creyente no teme al infierno. Hay cosas solemnes en la Palabra de Dios, pero no asustan al creyente.

Puede haber un pozo sin fondo, pero en él su pie nunca resbalará; es cierto que hay un fuego que nunca se apagará, pero no puede quemarlo. Ese fuego es para el pecador, pero a él no se le imputa ningún pecado, todo le es perdonado. Las huestes de todos los demonios del infierno no pueden llevarlo allí, porque no tiene ni un solo pecado que se le pueda imputar. Aunque peque a diario, siente que todos esos pecados han sido expiados, sabe que Cristo ha sido castigado en su lugar y, por lo tanto, la justicia no puede volver a tocarlo.

Una vez más, el cristiano perdonado espera el cielo. Está esperando la venida del Señor

Jesucristo, porque si la muerte interviniera antes de ese glorioso advenimiento, sabe que para él la muerte súbita es gloria súbita, y en posesión de una conciencia tranquila y de paz con Dios, puede subir a su aposento cuando llegue la última hora solemne, puede recoger los pies en su lecho, puede despedirse de sus hermanos y compañeros, de su esposa y de sus hijos, y puede cerrar los ojos en paz sin temor de abrirlos en el cielo.

Tal vez nunca la alegría del pecado perdonado resplandece más que en el lecho de un moribundo. A menudo he tenido el privilegio de comprobar el poder de la religión cuando he estado sentado junto al lecho de un moribundo. Ahora hay una joven en el cielo, que una vez fue miembro de nuestra iglesia. Fui con uno de mis queridos diáconos a verla cuando estaba muy cerca de su partida.

Estaba en la última fase de la tisis. Tenía un aspecto hermoso y dulce, y creo que nunca oí sílabas como las que salían de los labios de aquella muchacha. Había tenido desilusiones, pruebas y problemas, pero de todos ellos no tenía ni una palabra que decir, excepto que bendecía a Dios por ellos, que la habían acercado más al Salvador.

Y cuando le preguntamos si no tenía miedo de morir, "No", dijo, "lo único que temo es esto, tengo miedo de vivir, no sea que mi paciencia se agote. Aún no he dicho una palabra impaciente, señor, y espero que no hacerlo. Es triste estar tan débil, pero creo que si pudiera elegir, preferiría estar aquí a estar con salud, porque es muy precioso para mí, sé que mi Redentor vive, y estoy esperando el momento en que envíe su carro de fuego para llevarme hasta Él".

Le hice la pregunta: "¿No tienes ninguna duda?". "No, ninguna, señor, ¿por qué habría de tenerlas? Estrecho mis brazos alrededor del cuello de Cristo". "¿Y no temes por tus pecados?". "No, señor, todos están perdonados; confío en la preciosa sangre del Salvador". "¿Y crees que serás tan valiente cuando realmente llegues a morir?". "No si Él me deja, señor, pero nunca me dejará, porque Él ha dicho: 'Nunca te dejaré ni te abandonaré'".

Existe la fe, queridos hermanos y hermanas, que todos la tengamos y recibamos el perdón de los pecados según las riquezas de Su gracia.